

# CINCUENTENARIO DEL FINAL DE LA GUERRA CIVIL

ALBERT VILADOT PERIODISTA

**E**n enero de 1989 se han cumplido cincuenta años de la ocupación militar de Cataluña por las tropas del general Franco. Por lo tanto se ha celebrado el cincuentenario del final de la guerra civil en Cataluña. Aquella fue una guerra con consecuencias casi curiosas. Durante cuarenta años el régimen dictatorial de Franco la recordaba día tras día, ya que su dictadura se basaba en aquella victoria militar. Su inmenso poder provenía del hecho de que se asentaba sobre miles de muertos y prisioneros. Curiosamente, como decíamos, muy reciente la muerte del general, la guerra pasó al más absoluto olvido, hasta el punto de que las nuevas generaciones formadas en los últimos años de democracia no saben nada de ella. Tal vez un punto medio sería más correcto, ya que los hechos históricos no deben magnificarse nunca pero tampoco olvidarse, sobre todo si pueden extraerse unas consecuencias como las que se derivaron de aquel conflicto armado entre 1936 y 1939. La guerra tuvo un fuerte componente de Cruzada anticatalana. Fue una guerra contra el sistema liberal-democrático republicano, pero también una guerra antiobrera y contra los hechos nacionales de Cataluña y el País Vasco. Ante las corrientes liberales y descentralizadoras, la derecha española fue incapaz de elaborar una ideología y una práctica que se vieran legitimadas por la mayoría de la población. El atraso económico y las profundas injusticias sociales (casi de carácter feudal) hacían muy difícil o tal vez imposible que se formara un bloque social moderado pero, al mismo tiempo, abierto al futuro, capaz de consensuar unos mínimos de convivencia política. Este bloque social reformador es el que construyó los sistemas democráticos en toda Europa, con los matices propios de cada país. En el Estado Español la debilidad congénita de las clases dominantes y su lastre mental, anclado en mitologías ancestrales, motivó que sólo el ejército pudiera convertirse en una garantía sólida para la continuación de los privilegios sociales e ideológicos de una minoría. Una alianza entre terratenientes, ejército, alto funcionariado y clero posibilitó el comienzo de la guerra como única forma de poner fin a una situación que se hacía cada vez más insostenible desde su punto de vista. En Cataluña todo era radicalmente distinto. Había una burguesía conservadora, pero emprendedora y acostumbrada al sistema democrático. El papel del ejército y del alto funcionariado era irrelevante en la sociedad y la jerarquía eclesiástica se adscribía en la corriente catalanista y más avanzada de la Europa del momento. También existieron sectores catalanes que dieron soporte a Franco, pero eran minorías.



Cuando el ejército franquista llegó a Cataluña, él mismo se calificó como "fuerza de ocupación". No eran las fuerzas republicanas las que hablaban de ocupación; eran ellos mismos, pues tenían la certidumbre de que ocupaban "tierra enemiga". De hecho, la primera vez que las tropas de Franco ocuparon territorio catalán fue en abril de 1938. Lo hicieron por Lérida, al oeste del territorio. Pues bien: lo primero que hicieron las autoridades franquistas fue derogar el Estatuto de Autonomía que, democráticamente, se había otorgado el pueblo catalán cuatro años antes. Esta medida política hacía prever ya qué actitud tendría el nuevo régimen hacia la peculiaridad catalana.

La ofensiva final sobre Cataluña se produce en enero de 1939. El 15 de enero ocuparon Tarragona, la capital del Sur. El 25 del mismo mes llegaron a Barcelona. El 10 de febrero llegaban ya a la frontera con Francia, donde izaron la bandera del nuevo Estado. La ocupación de Cataluña fue un paseo. No encontraron verdadera resistencia ni siquiera en Barcelona, la segunda ciudad de España. Era el preludio del final de la guerra. Aquel paseo de enero revelaba ya cómo había quedado Cataluña: literalmente deshecha, no sólo económica sino también moralmente. Nada ni nadie mostraba la menor esperanza. Los dirigentes políticos y sindicales de todas las tendencias habían muerto, se habían exiliado o estaban encarcelados. Los intelectuales, muchos de primera magnitud europea, se encontraban en la misma situación. Y la sociedad civil y el entramado social que se había forjado a lo largo de más de cuarenta años, desapareció. La desestructuración social, en aquel enero de 1939, era absoluta. Aquel mes supuso un profundo corte en la sociedad catalana, hasta el punto de que existe, claramente, un antes y un después de aquella fecha. Un sistema y unos códigos de relación desaparecieron para dar paso a otros nuevos, en los que la singularidad nacional de Cataluña no sólo era marginada sino también perseguida y castigada, radicalmente, hasta extremos que hoy nos parecen grotescos. Enero de 1939 es un intento de genocidio nacional basado en el genocidio cultural. La larga duración de la dictadura franquista lo hizo, en parte, posible. Después de la muerte de Franco se produjo una espectacular revitalización de la catalanidad, pero pese a ello todavía hay muchos sectores que no están convencidos de que, a largo plazo, pese a la existencia de una situación política más favorable, el intento de genocidio no tenga éxito. Aquel enero de 1939 no fue sólo una victoria o una derrota militar. Fue mucho más...